

EXPOSICIONES

EL PAISAJE Y LAS ACUARELAS DE MARCK

Escribe: EUGENIO BARNEY CABRERA

Preferente lugar ocupa el paisaje en los anales de las artes plásticas en Colombia. Mas no por razones de calidad o por motivos de independencia en el tratamiento y modo de concebirlo, pero si por ser el principal objetivo, la temática principal, como si dijéramos la connatural manera de expresarse nuestros pintores desde los inicios mismos del oficio plástico en el país.

Sino que ese paisaje tratado por gentes nacionales fue siempre el obvio objetivo de la naturaleza en caminos y en rancherías, en rincones coloniales o en ángulos campesinos de bucólico atractivo y de sentimental expresión, sin que osasen los artistas traspasar los linderos sub-urbanos ni arañar la áspera corteza de la geografía americana. El ambiente logrado por estos medios fue de tipo pinturesco, sensiblero y comercial. Paisaje de aguas quietas, o de pastizales tamizados por la luz vespertina, o de trojes y sementeras en sazón, con discreta hopalanda de nubes o azules celestes en el remoto horizonte. Paisaje, en fin, copiado fielmente desde el camino intermunicipal o a la sombra de los árboles que se alzan a orillas de los ríos rumorosos que refrescan los alrededores de las ciudades.

Fruto esta temática es de la improvisación y de la facilidad retratística que no deseaba esfuerzos creadores ni exigía interpretaciones plásticas de la bravía naturaleza, pero que reflejaba, eso sí, el alma ingenua y romántica de nuestro siglo XIX. Más tarde, en la época del centenario, cuando mayor madurez alcanzó, mejora en la técnica con mayor precisión en los colores, finura en el dibujo y amplitud en el espacio retratado, pero continúa sobre los mismos temas e insiste en la ingenuidad acuarelada y relamida que enuncia solo sentimientos sencillos y denota propósitos decorativos. Pero aun entonces, cuando surge ese paisaje que el profesor López de Mesa ha llamado "la única escuela nacional de pintura", la geografía colombiana continúa ausente, el ambiente verdadero de la agria naturaleza que nos rodea y conforma, no se presenta como tema, ni los pintores se atreven a traspasar los linderos de aquellos predios poseídos y domesticados por la planta del hombre ciudadano. Lo pinturesco, lo sentimental, lo fácil, lo absolutamente retratístico, que no demanda esfuerzos de interpretación ni de incursión física, es el tema de estos artistas vespertinos. Por ello no es posible determinar un ambiente

exacto y verdadero de la geografía nacional, ni precisar un "modo" pictórico particular en las artes plásticas efectuadas en Colombia con aquellos motivos.

Parece ser, además, que el ojo del hombre nacional no está dispuesto para ver la naturaleza que lo rodea, y escudriñarla más adentro de la inmediata superficie. En cambio, los extraños vienen y nos descubren objetivos diferentes. Con pupila nueva, encuentran exotismos que nosotros no habíamos presentado. Y la roca y el árbol, y la cascada y el río salvaje, y el puente rústico y el escarpado camino, o la flor silvestre y el farallón estéril, adquieren nueva presencia, categoría diferente, valores peculiares ante los ojos sorprendidos de estos extranjeros que vuelven a descubrirnos cuantas veces lo intenten. El paisaje, ante ellos, y a través de ellos para nosotros mismos, deja de ser ese tema bucólico, sentimental, pinturesco, sub-urbano a que nos tienen acostumbrados nuestros pintores, para convertirse ya en elemento de atrayente exotismo natural, ya en motivo de recreación plástica, ya en base para estudios de color, de volúmenes, de líneas poderosas dentro de netas concepciones pictóricas. Y, de paso, para reflejar un ambiente y dejar testimonio de las húmedas presencias tropicales y del cromatismo cálido que nos rodean y contra los cuales debe todavía debatirse el hombre colombiano.

En el siglo pasado varios aficionados dejaron el testimonio de un paisaje ingenuo, cuasi-elemental, y, en el mejor de los casos, con visos de primitivismo, pero siempre como fondo circunstancial de la anécdota humana. Tal el caso de Manuel María Paz y compañeros de la Comisión Corográfica, el ejemplo de Ramón Torres Méndez, y las muestras escasas de Manuel D. Carvajal en cuyas acuarelas retrató el ambiente de aldeas con un dejo pueril de innegable validez. Y a mediados de esa centuria, un extranjero de especiales dotes culturales y de observación aguda, hizo la conquista del paisaje colombiano de manera diferente. Con afilado lápiz de naturalista y transparentes acuarelas, nos miró con ojos de científico aficionado y de miniaturista, pero nos retrató con veracidad y sin prejuicios, exacto, con precisiones de botánico y con limpidez mental. No fue sentimental ni pinturesco, ni pretendió testimoniar la simple anécdota de costumbres y vestuarios. Sino que, con habilidad dibujística y cromática, miró el paisaje del trópico con diferente concepto al que acostumbraron nuestras gentes. Y, de manera principal, pudo de esta suerte, reflejar el ambiente de la aldea, y la caliginosa presencia de la naturaleza, sin pretensiones artísticas ni sociales, pero sí con sorprendente veracidad testimonial.

Este extranjero fue Edward W. Marck, cónsul y viajero inglés, cuyas acuarelas sobre temas colombianos, hoy de propiedad del Banco de la República, estuvieron expuestas en la Sala de la Biblioteca Luis-Angel Arango con motivo del 20 de julio pasado. Este documento pictórico, valioso por muchos conceptos, es la primera muestra, en cuanto al paisaje se refiere, de un modo de ver con ojos limpios, nuevos, sin prejuicios, la naturaleza de Colombia. Después llegaron otros extranjeros quienes nos han enseñado a conocer nuestro paisaje, y, acaso, a entender que entre nosotros hay canteras exóticas que pueden servir de fuentes para recreaciones artísticas.